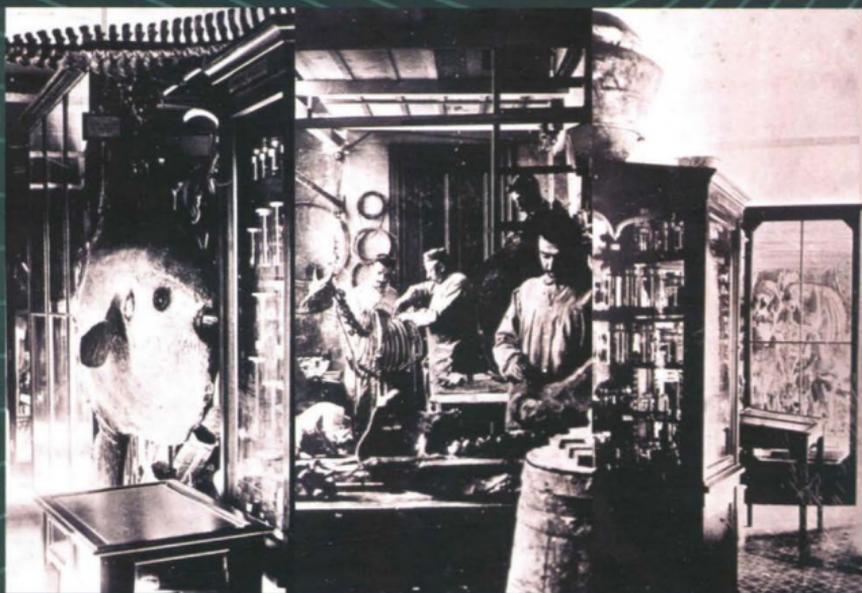


Irina Podgorny
María Margaret Lopes

El desierto en una vitrina

*Museos e historia natural en la Argentina
(1810-1890)*



prohistoria
ediciones

colección *Historia de la Ciencia*

Irina Podgorny es Antropóloga y Doctora en Ciencias Naturales (Universidad Nacional de La Plata, Argentina). Investigadora Principal del CONICET en el Archivo Histórico del Museo de La Plata. Becaria Humboldt (2002-2003), acreedora de los Premios Estimulo de la Fundación Bunge y Born (2001), Houssay de la SCyT en el área de Historia y Antropología (Investigador Joven, 2003), Beca Félix de Azara (Biblioteca Nacional, 2007) y Newberry Library Fellowship (2008); "Research Fellow" del Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia (2009-2010) y del IKKM-Weimar (2013). Fue Profesora invitada en la Universidad de Paris 7 (2008; cátedra A. Moreau, 2014) y en la EHESS de Paris (2010). Entre sus libros destacan *Arqueología de la Educación* (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 1999), *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, Museos y estudiosos en la Argentina entre 1880 y 1910* (Buenos Aires: Eudeba/Libros del Rojas, 2000), *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina* (Prohistoria, 2009); *Los viajes en Bolivia de la Comisión Científica Italiana* (Santa Cruz de la Sierra, Fundación Nova, 2011); *Los secretos de Barba Azul* (con Tatiana Kelly, Prohistoria, 2012), y *Charlatanes* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2012). Directora de tesis y proyectos de investigación en el Museo de La Plata, ha publicado en prestigiosas revistas tales como *Osiris*, *Science in Context*, *Redes*, *Asclepio*, *Trabajos de Prehistoria*, *Journal of Spanish Cultural Studies*, *Nuncius*, *British Journal for the History of Science*, *Museum History Journal*, *Medicina nei Secoli*, etc. En 2013 ganó el Premio Georg Forster que otorga la Fundación Alexandervon Humboldt.

Maria Margaret Lopes es geóloga por la Universidad de São Paulo (1980), Magister en Educación por la Universidad Estadual de Campinas (1988), Doctora en Historia Social por la Universidad de São Paulo (1993) y Docente en Historia de las Ciencias por la Universidad Estadual de Campinas (2002), Brasil. Realizó estancias doctorales en Smithsonian Institution, Washington (1993) y un posdoctorado en Historia de las Ciencias en la Universidad de Louisiana (EUA, 1997) y en el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires (1998). Fue Profesora del Instituto de Geociencias de la UNICAMP (1986-2009), Investigadora en el Centro de Estudios de Historia e Filosofía de la Ciencia (CEHFCi-FCT) de la Universidad de Évora, Portugal (2009-2011) y Directora del Museo de Astronomía e Ciências Afines (MAST-MCTI) de Rio de Janeiro (2011-2012). Actualmente es Investigadora del CNPq (cat. 1D), Investigadora del Núcleo de Estudos de Género Pagu - UNICAMP, y Profesora Invitada del Programa de Posgraduação en Ciências de la Información de la UnB. Entre sus publicaciones destaca el libro *O Brasil descobre a pesquisa científica: as ciências naturais e os museus no século XIX* (1997, 2a. ed. 2009) y como organizadora con Alda Heizer, la obra *Coleccionismo, práticas de campo e representações* (2011).

PALABRAS PRELIMINARES

a la primera edición argentina

Aunque publicado en México en 2008, la primera versión de este libro se terminó hace más de diez años. Para entonces, los museos ya habían cimentado una amistad que, a pesar de la distancia y los temas compartidos, todavía continúa. Luego, los mamíferos y los caracoles fósiles, los buscadores de esqueletos, los charlatanes, los coleccionistas, las momias, los estudios de género o la mera burocracia de la ciencia, cada uno de los temas aquí planteados, nos apartarían de la historia de estos espacios, llevándonos a otros. Regresamos ahora al “Desierto” con el desafío de plantear nuevas preguntas en función de su recepción y nuestros propios recorridos en estas dos décadas de proyectos en común.

Escribimos este libro alrededor de varios ejes que nos interesaban y de otros tantos que nos provocaban hastío. El lector, en las páginas que siguen, no encontrará menciones al positivismo, al nacionalismo, a la construcción de la Nación, tampoco a la periferia o la identidad. Ignoramos esos tópicos para evitar que determinaran nuestra escritura. Intentábamos una historia de la ciencia en la Argentina del siglo XIX por fuera de los esquemas o las simplificaciones que, para nuestra sorpresa, siguen reinando. Hoy, además, pareciera que no se puede hablar de museos sin invocar “los lugares de la memoria” o sin reducir la historia a un relato repleto de protagonistas y antagonistas de una fábula moral. En el “Desierto” proponíamos, en cambio, un modelo menos heroico, menos sufriente, menos glorioso, bastante más gris pero abundante en esas pequeñeces que rigen los debates más sublimes. Porque, a fin de cuentas, en nuestra manera de concebir la ciencia, los científicos, los naturalistas, los viajeros no dominan nada, ni siquiera su propio trabajo, intervenido por diversos factores, marcado por la superposición de tradiciones, la incertidumbre y los azares de la historia.

Es cierto, a la hora de sobrevivir y de gestionar su gloria, algunos fueron más hábiles que otros. Ello no impide que la mayoría de los personajes retratados no hayan sido otra cosa que “secretarios de sí mismos” (cf. Podgorny, 2014), es decir, de nadie, y menos que menos de un Estado todopoderoso y omnipresente que gobernó sus acciones. Ni intelectuales ni pensadores: meros burócratas de la descripción, según pautas que, de tan usadas, ninguno hubiese podido dar cuenta de dónde procedían. Como hemos mostrado en otro lado, la mirada de los grandes científicos nacionales se formó en modelos tan dispersos como los manuales suizos para turistas, las instrucciones para la administración de estancias o los protocolos de la administración colonial (Podgorny, 2007, 2009, 2013). O, más precisamente, en su mezcla fortuita con ideas que, lejos de

poder clasificarse en una escuela, teoría o estilo nacional, muestran una superposición o convivencia nada conflictiva. El “Desierto”, en ese sentido, también alerta sobre el peligro de insistir en periodizaciones de la ciencia orientadas por generaciones, los cambios políticos o las “ideas” de los personajes. Como en la burocracia, los científicos suelen conservar y mantener las formas de ordenar y de clasificar los datos más allá de las revoluciones, las restauraciones, las contrarrevoluciones o las adscripciones teóricas más rimbombantes. No solo eso, pueden incorporar formas nuevas a las antiguas sin que por ello la marcha de su trabajo se detenga o entre en contradicción. ¿Significa esto que no existe el progreso en la ciencia? No, implica, en cambio, que el mundo del mañana contiene formas antiguas y que las prácticas de las ciencias, contra una dinámica que las imagina tirando solo hacia el futuro, son más conservadoras de lo que se tiende a imaginar y, sin embargo, generan novedades. En estas páginas, también se habla de ellas porque, huelga recalcar, el conocimiento es uno de sus protagonistas.

En 2001, cuando empezamos a bosquejarlas, habíamos abandonado varios espejismos que nos parecían inútiles, por lo menos para la historia argentina: entre ellos, el papel central de los museos y de los científicos como parte de una política estratégica del Estado. Eso no impide reconocer que, a la hora de defender la existencia propia o de las instituciones de las que dependían, la oratoria patriótica aflorara y floreciera. Las ciencias o el conocimiento no son ejercicios que se definen por su utilidad. Estudiar, investigar, saber, no necesariamente conducen a resultados prácticos fuera del mismo campo donde surgen las preguntas. Así, las colecciones de moluscos sirven, desde inicios del siglo XIX, para definir las edades de la Tierra, pero, ¿a cuántas personas les interesaba esa cuestión en 1880? ¿A cuántas personas les interesa hoy? Sin embargo, Ameghino, Doering y von Ihering, entre muchos otros, iban y volvían del correo, ansiosos por retirar las cajas con esos caracoles fósiles que intercambiaban para discutir la antigüedad o el origen de las formaciones sedimentarias sudamericanas (Podgorny, 2005; Lopes, 2010). ¿Servía eso para algo, además de alimentar el amor propio? Claro que sí: se trataba, nada menos, que de incorporar a Sudamérica en la historia geológica del planeta, un tema que concentró sus esfuerzos durante varias décadas y un argumento que, sin embargo, no alcanzaba para lograr un presupuesto más o menos estable para financiar esos envíos, las excursiones o las publicaciones relacionadas. Por ello, los más avezados en la micro-política del favor, apostaron a dedicar sus libros o a bautizar fósiles y especies con el nombre de los mecenas cuya protección deseaban. Cada vez que fueron invitados a dar un discurso, cubrieron a las ciencias de gloria o de utilidades que no siempre podrían sostener al retirarse del podio. En esa línea, más de uno afirmó que un gran museo serviría para civilizar, combatir el alcoholismo, hacer pozos artesianos o redactar los resultados del censo nacional. Los reproches

llegarían después. Y los rivales aprovecharían las promesas incumplidas de su contrincante para dar nuevas garantías de éxito y obtener un puesto, un pasaje, el despacho de flete con huesos o cerámica en los barcos o trenes del Estado. En ese sentido, este libro da cuenta de las múltiples estrategias desarrolladas para halagar la disponibilidad de dinero, mostrando el lado personal y clientelar de esas negociaciones. El éxito de algunas, más que de la fortaleza de un proyecto científico, habla de la debilidad de estas iniciativas, atadas al devenir político y a la vanidad del protector, capaz de apoyar las cosas más contradictorias o de ir en contra de la ley del propio Estado (Podgorny, 2005, 2009). Quien busque una moraleja, concedemos que la tozudez de estos personajes sirvió para mucho: allí están un cuadro estratigráfico, varias colecciones para determinar una fauna fósil desconocida y los museos donde esas colecciones sobreviven (Lopes, 2008) y se institucionalizaron disciplinas tales como la geología, la zoología y la paleontología en la Argentina.

Otro elemento notorio de esta historia es la ausencia de mecenas al estilo de los grandes magnates norteamericanos: incluso gestores como Francisco Moreno, cuyas primeras excursiones se hicieron con fondos familiares, prefirieron hacer patria atados a los vaivenes del dinero público. Asimismo, suele olvidarse que gran parte de las exploraciones científicas del siglo XIX se hizo con financiación privada: Eleazar Garzón prestó mulas para buscar fósiles en la Patagonia; el padre de Moreno pagó los berretines antropológicos de su hijo; Florentino Ameghino, además de vender y promover la venta de colecciones en París y Munich, trató de autofinanciarse a través de sus inversiones en propiedades de La Plata (Farro, 2009; Podgorny, 1997, 2002, 2005). Una de las preguntas no resueltas en este libro consiste en por qué –a pesar del conocimiento del modelo estadounidense– las grandes fortunas argentinas estuvieron ausentes del apoyo de las instituciones y de los emprendimientos científicos.

Si la historia se limita a creer en los discursos de propaganda, corremos el riesgo de olvidar que los del poder civilizatorio de las ciencias rivalizan con un número análogo de iniciativas abortadas, fracasos que tampoco pueden explicarse por el triunfo de los enemigos del progreso. Suponemos que esta atracción por los discursos y la aversión a mirar los fracasos tiene varias fuentes. En particular, la fascinación que, a pesar de todo, despiertan los científicos. Cautivados por su “pensamiento”, la historia descuidó el lado material y colectivo de sus prácticas y olvidó a esa miríada de personajes que “no piensa”, no escribe teorías, no postula nada, pero que recopilando, clasificando o vendiendo cosas e información, forma parte de la respuesta acerca de “qué es la ciencia”. De ese modo, en este libro abundan los empresarios de la supervivencia y los oportunistas pero también los empleados, los secretarios, los comerciantes de fósiles y de cráneos, los farsantes. O, más simplemente, esos mujeres y hombres que, sorprendidos por el valor que cobraban los desechos, la basura, los muertos

o las cosas de su entorno, empezaron a organizar parte de su vida alrededor de los mismos. Una cantera se volvía una ruina y las piedras valían más como “antigüedad” que como material para la construcción. Los comisionados de juntar los esqueletos aflorantes en las sequías del río Salado, se encargaron de transformar los fogones para el mate armados con tabas de megaterio, en una muestra de la ignorancia pampera. No es un detalle menor que Pedro de Angelis se apresurara a encargar en Londres los “Mamíferos fósiles” de Darwin/Owen para poder clasificar los huesos que hacía coleccionar en Salto o en otras localidades de Buenos Aires. Este libro nos recuerda también que la gran mayoría de estos personajes eran asalariados, estaban a comisión o pretendían aprovecharse de la demanda que las instituciones y los científicos creaban. Eso no los hace inocentes, buenos ni malos: en épocas de bonanza los remite al mundo anodino de la cotidianidad, en las de crisis, a la supervivencia desesperada. En ambas, abundan las denuncias, las alianzas, las traiciones, para acomodarse en las buenas y en las malas.

¿Hubo, además de transacciones comerciales, debates ideológicos, disputas teóricas? ¿Católicos contra materialistas? ¿Darwinistas contra creacionistas? Pues el “Desierto” más que generaciones enfrentadas por un ideal o una teoría, muestra casos más similares a un “Ameghino vs. Moreno”, “Holmberg vs. Doering”, “Ameghino & Doering vs. Burmeister”, “Holmberg vs. Burmeister”, “Ameghino, von Ihering & Co. vs. el mundo” (Podgorny, 2005; Lopes y Podgorny, 2009, 2011), peleas por los puestos de trabajo, guerras en la prensa, algunas en el umbral del duelo y regidas por el “principio del bombo mutuo” –como decía Holmberg– atadas no a los principios de la evolución sino a la clasificación estratigráfica de las formaciones sedimentarias del Cenozoico sudamericano. Proponemos que su transformación en un choque entre darwinistas y antievolucionistas fue el resultado de una de las tantas lecturas hagiográficas de la historiografía del siglo XX, apoyando a los contrincantes de entonces en función de sus propios problemas.

¿Qué tiene todo esto de “argentino”? Esperemos haber dejado entrever que menos de lo que a muchos les gustaría: el “Desierto” no se entiende sin las referencias internacionales que le dan sentido.

Cambiamos algunas de las ilustraciones pero procuramos mantener el texto, salvo allí donde detectamos errores, algún matiz que ahora no nos satisface o los nuevos datos nos hayan indicado otra cosa. A pesar de ello, debe leerse como un libro fechado entre el fin del siglo XX y los inicios del siglo XXI, tal como lo demuestran la lista de amigos –algunos ya no están–, la bibliografía y algunos de los temas. Añadimos, sin embargo, un suplemento bibliográfico con nuestros trabajos posteriores, donde pueden rastrearse nuevas lecturas y planteos diferentes o complementarios a los de 2003. Debemos destacar, además, otra cosa: este libro fue escrito con material en un 97% procedente de

bibliotecas y archivos reales, con anterioridad a la explosión de fuentes que los repositorios digitales del siglo XXI pusieron a disposición de quien tuviera una buena conexión a internet. Cada dato significó un traslado real y los agradecimientos acumulados en ese período figuran en la introducción original. En esta oportunidad, debemos agradecer a Darío Barrera y a su equipo de Prohistoria por la posibilidad de publicar en la Argentina. Vayan nuestras gracias a Limusa, a Ana Barahona Echeverría, Edna Suárez, Miruna Achim y Carlos López Beltrán por habernos cobijado en su serie mexicana. Y a Bernhard Siegert y Julia Tarsten, por la oportunidad de visitar este libro en 2013, durante una estadía de investigación en el *Internationales Kolleg für Kulturtechnikforschung und Medienphilosophie* (IKKM) de la Universidad Bauhaus-Weimar. La ayuda de Julia, al igual que la del PIP 0116, fueron fundamentales para volver a darle forma al Desierto.

Las dedicatorias, por otra parte, permanecen vigentes. Adela y Pedro están más grandes. Y aunque todavía no tengan sus libros, les seguimos agradeciendo la paciencia que le tienen a sus madres. Quizás en un futuro no tan lejano, algo de lo que escribamos nos convenza que está a la altura de ellos, nuestras obras maestras en colaboración con Wolfgang Schäffner y con Valter Ponte.

Irina Podgorny, en Weimar, octubre de 2013

Algunos de los personajes de este libro pasaron muchas horas de sus vidas yendo al correo, ansiosos por retirar las cajas con los caracoles y huesos fósiles que intercambiaban para discutir la antigüedad o el origen de las formaciones sedimentarias sudamericanas. Se trataba de incorporarlas en la historia geológica del planeta, un esfuerzo que no logró traducirse en un presupuesto estable para financiar esos envíos, las excursiones o las publicaciones relacionadas. En ese marco, más de uno afirmó que el gran museo donde se resguardarían esas muestras serviría para civilizar, combatir el alcoholismo, hacer pozos artesianos o redactar los resultados del censo nacional. Este libro da cuenta de las estrategias desarrolladas para halagar la disponibilidad de dinero, mostrando el lado personal y clientelar de la ciencia.

Comentarios a la primera edición (México, 2008)

The authors of this study have drawn on an expansive collective expertise on the history of museums in Latin America to present a valuable study on Argentina.

Kristy Wilson Bowers y Don E. Wilson, *Museum History Journal*, 2009.

The wealth of detail, the judicious use of citations from archival and other primary sources, and the obvious familiarity with the palaeontological debates of the nineteenth century, both in Europe and as they were refracted in the Cono del Sur, make this a book that deserves a wide readership.

Peter Mason, *Journal of the History of Collections*, 22-2, 2010.

History of science in Argentina, currently explored by a young generation of talented thinkers, now merits inclusion in canonic surveys.

Lewis Pyenson, *Journal of Interdisciplinary History*, 42, 3, 2012.

ISBN 978-987-1855-74-2



9 789871 855742

Colección

Historia de la Ciencia, 8

dirigida por Irina Podgorny,

Susana García y Máximo Farro